UN CUENTO AL DÍA

UN PAÍS QUE LEE, ES UN PAÍS QUE SUEÑA

WWW.UNCUENTOALDIA.CULTURA.GOB.CL

Gobierno de Chile

www.gob.cl

lee chile lee

Plan Nacional de Fomento de la Lectura

SUGERENCIAS PARA REALIZAR LECTURAS COMPARTIDAS

1. Incentivar al niño o niña a que narre un cuento utilizando sus propias palabras y escucharlo con atención sin corregirlo ni interrumpirlo.

2. Proponer un título y pedirle que adivine de qué se trata la historia. Por ejemplo, "Rosita y las zanahorias mágicas".

3. Estimularlo a seguir con los ojos la lectura. Para esto, seleccionar textos con letras grandes e imágenes, para que el niño pueda seguir la lectura con facilidad.a

4. Pedirle que termine la historia de otra manera. Por ejemplo, leerle el siguiente microcuento de una línea de Augusto Monterroso: "Cuando despertó, el dinosaurio todavía estaba allí". Luego, incentivarlo a jugar a encontrarle un principio y un final.

5. Leerle las lecturas todas las veces que el niño lo solicite, de tal manera que domine el vocabulario, aprenda la secuencia de la historia y se vaya encariñando con los héroes y heroínas de los cuentos.

6. Ayudarlo a describir qué sienten los personajes de los cuentos, para que entre al mundo emocional de ellos percibiendo los matices de las emociones.

7. Cuando el niño tiene más edad, pedirle que muestre sus libros favoritos y que lea aquellas partes que más le gustaron. Es importante que el padre demuestre interés por lo que el niño o niña le está mostrando.

8. En la etapa adolescente, los padres pueden hacer lecturas familiares de los diarios e ir comentando las noticias que les llamen la atención.

▼

LEAMOS JUNTOS

Orientaciones para fomentar la lectura en familia
Autor: Unidad de Currículum y Evaluación y Bibliotecas Escolares CRA, del Ministerio de Educación.
Año: 2009

▼

Puedes encontrar más novedades de literatura infantil y juvenil en **www.bibliotecaspublicas.cl** y sugerencias para fomentar la lectura en **www.leechilelee.cl**

▼

La imagen que es parte de la gráfica del Mes del Libro fue desarrollada por **Santiago Salvador Ascui**
www.flickr.com/lampiman

Estimado (a) .....

Este es un regalo para ti. Te invito a recorrer estas páginas y a sorprenderte con las historias que aquí se esconden. En este suplemento, hemos invitado a siete grandes escritores chilenos de cuentos infantiles a escoger una de sus historias más queridas, para que un artista joven la ilustre, dibujando los personajes y lugares que imaginó al leerla.

En estas páginas conocerás la vida de un niño que quería conocer a su ángel de la guarda, a un extraño señor capaz de hacer llover, a un pueblo que buscaba la noche perfecta, la leyenda de un espíritu en el Callejón de las Hormigas y a un buzo-boxeador cuyo ingenio lo llevó a ganar la mejor de las peleas.

La magia de leer y escuchar historias nos acompaña durante la infancia y se queda con nosotros por el resto de la vida. Súmate a esta aventura, despierta tu imaginación y atrévete a leer un cuento cada día.

Un abrazo,

Luciano Cruz Coke-Carvallo

Ministro Presidente

Consejo Nacional de la Cultura y las Artes

+4 AÑOS

LA NOCHE DEL TATÚ

MITO CASHINAHUA DE LA SELVA PERUANA

Por **Alicia Morel**.
Ilustración, **Loreto Salinas**

Los indios tejieron tupidos techos de paja y bajo ellos colgaron las hamacas. Pero no pudieron dormir. El Padre Primero no había creado aún la noche. El sol alumbraba todo el tiempo. El brillo y el calor caían sobre las criaturas sin descanso. No había amanecer ni anochecer, solamente mediodía. Cazar y pescar era la ocupación de los hombres. Cocinar y cuidar a los niños, el trabajo de las mujeres. Los indios se quejaban:

–Nunca podemos sentarnos a fumar junto al fuego, antes de dormir.

Las mujeres reclamaban:

–Tenemos que cocinar sin descanso. Como no hay noche, los hombres tienen hambre a cada rato.

Un día, Niva, la mamá de Cochipil, descubrió que el ratón tenía una pequeña noche en su cueva junto a la cocina.

–El ratón tiene noche y nosotros, no –contó al pequeño Cochipil.

El niño sintió curiosidad y se tendió en el suelo a mirar la noche del ratón.El animalito robaba algún pedazo carne o se comía una cucaracha y corría a esconderse en su cueva. Se ponía a dormir envuelto en su cola.

–¡Qué buena es la noche del ratón! –dijo Cochipil a su padre, el jefe Nahua.

–¿La noche del ratón? ¿Dónde la viste? –preguntó Nahua, sobresaltado.

–Allá, cerca del fogón donde cocina mamá –contestó el niño.

–¡El ratón tiene noche y nosotros no!

–Mi mamá dijo lo mismo –observó el chiquillo.

–Ya que tú conoces donde guarda su noche el ratón, ¿por qué no se la pides prestada?

–Lo intentaré –contestó Cochipil, entusiasmado.

Cuando su madre le dio una de las numerosas comidas del día, guardó los pedacitos de carne más sabrosos. Mientras sus padres dormían una corta siesta en las hamacas, Cochipil se acercó a la cueva del ratón.

Con gran cuidado, para no asustarlo, puso delante de la entrada los trozos de carne. Apenas el ratón asomó su hocico puntiagudo, el niño le dijo con suave voz:

–Si me prestas tu noche, te traeré más carne.

Al ratón le brillaron los negros ojillos y aceptó.

Luego de roer los trozos de carne, salió de sus ojos y de sus orejas un aire negro; subió al cielo y empezó a cubrir rápidamente la luz del sol. Y el sol, huyendo de la noche del ratón, bajó por el cielo y se escondió bajo el horizonte.

Y fue la primera noche.

Los indios vieron caer la dulzura de la oscuridad y se alegraron. Corrieron a sus cabañas a encender una buena fogata para sentarse a fumar y conversar. Luego se tendieron en las hamacas y

sintieron que las sombras eran como otro párpado sobre sus ojos.

Pero ¡qué poco les duró el descanso! Casi de inmediato empezó a amanecer y el cielo no tardó en llenarse de una luz fuerte que les quitó las ganas de dormir.

–La noche del ratón es muy corta –alegó Nahua.

–Hay que conseguirse una noche que dure varias horas para dormir a gusto –dijo Ruma, uno de los cazadores.

En medio de la selva encontraron al tapir comiendo hojas tiernas.

–Te perdonamos la vida si nos prestas tu noche –dijeron los cazadores.

El Tapir no quería morirse todavía y prestó a los indios su noche. De su cuerpo grande y gordo, de sus orejas y de su corta trompa, empezó a salir una noche espesa que cubrió rápidamente el cielo.

El sol se puso casi de inmediato y fue la segunda noche.

Los indios corrieron felices a sus aldeas de paja. Por el camino, vieron las estrellas por primera vez y se llenaron de admiración y cierto temor.

–La noche es una gruta llena de ojos –dijo Ruma.

–Sí, de ojos de tigre –añadió Nahua.

Encendieron sus fogatas, fumaron y conversaron hasta que les dio sueño. Luego, todos, hombres, mujeres y niños se tendieron en sus hamacas sintiendo la pesada noche del tapir sobre sus párpados.

Durmieron y durmieron durante horas y horas. Y soñaron mil sueños desde el principio del mundo. Después de mucho tiempo, amaneció lentamente. Cuando los indios despertaron, vieron que las malezas y los matorrales del bosque habían cubierto sus sembrados y destruido sus aldeas. Las enredaderas habían trepado hasta sus hamacas y techos.

–La noche del tapir es demasiado larga –dijo Nahua.

–Tendremos que hacer todo de nuevo, las siembras y las casas –se quejó Ruma.

Y Niva lloró:

–Mi cocina desapareció bajo la maleza y no encuentro mis vasijas de cuero y paja. La noche del tapir fue un desastre. Sin embargo, los indios no perdían la esperanza de encontrar una noche conveniente.

Después de limpiar su cocina y sus cacharros, Niva anunció:

–Cochipil, como niño, encontró una noche muy corta; los cazadores, como hombres, otra demasiado larga. Yo, mujer, buscaré la noche que conviene.

Y se fue por los montes hasta que encontró al armadillo en su madriguera. Dio unas palmadas para llamar la atención del animal, que no demoró en asomar su afilada cabecita. Parecía preguntar:

–¿Qué quieres, mujer, que vienes a molestarme en mi propia casa?

–Quiero que me prestes tu noche –rogó Niva.

El Tatú guardó silencio, pensando, con expresión desconfiada.

–Te daré las mejores sobras de la comida –prometió la mujer.

Al oír lo de comida, el Tatú despertó por completo.

–Te presto una sola noche –ofreció–; tienes que devolvérmela sin falta al amanecer. La mujer aceptó feliz y regresó a su cabaña.

Del fondo de la madriguera del Tatú salió lentamente su noche. El sol bajó poco a poco. Los hombres tuvieron tiempo de terminar sus trabajos y las mujeres, de preparar una sabrosa comida, antes que oscureciera.

Y llegó la tercera noche.

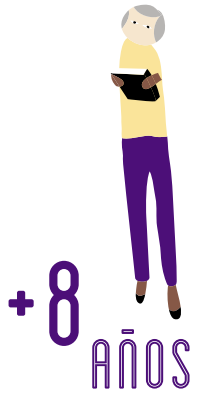
En todas las aldeas encendieron fogatas y la gente conversó y fumó alegremente. Cuando brillaron todas las estrellas, se acostaron en sus hamacas. Y la dulzura de la noche les cerró los ojos.

Amaneció a las pocas horas, luego de un buen sueño. Los indios estuvieron de acuerdo en que la noche del Tatú era la más conveniente.

Por eso, los hombres no quisieron devolvérsela nunca más. Y esta es la razón por la cual el Tatú duerme durante el día y corretea sin descanso en la oscuridad, porque no tiene noche.

ALICIA MOREL

Nací en la casa de tres patios de mis abuelos paternos, mi mamá me encontró muy fea porque había visto otros bebés hermosos. Un día me puso a dormir bajo una higuera y me resfrié. Sané del resfrío, pero al estar bajo el árbol mágico de la noche de San Juan, adquirí la costumbre de contar cuentos.



HARRY HOUDINI EN EL BARRIO

Por **Sergio Gómez.**
Ilustración, **Fran Meneses**

Cerca de mi casa vivía un ex mago, un ex ilusionista y escapista de fama mundial llamado Harry Houdini. El gran Houdini. Ahora estaba retirado, viviendo tal vez sus últimos años. Nadie sabía por qué llegó a vivir justamente a nuestro barrio; en realidad, poco o nada se sabía de él, solo los más viejos contaban de sus años activos como mago ilusionista, escapista de fama mundial. Para nosotros era el hombre viejo de la casa vieja en la mitad de la cuadra. Lo veíamos salir de esa casa, caminar con sombrero y bastón, sin hablar o mirar a nadie. Cuando los niños lo veíamos en la calle nos apartábamos con respeto. El único que se atrevía a hablarle –bueno es solo una forma de decirlo– era Pausa, quien le ladraba. Pausa era el perro del barrio, no pertenecía a nadie y a todos a la vez. En esa época éramos muy amigos, éramos niños, y parecía que todos, excepto algunos, los menos, no eran felices. Excepto mister Houdini, el escapista, que caminaba muy serio, como si fuera a un velorio.

Si mister Houdini nos llamó la atención fue por un hecho totalmente inesperado. Un lunes por la mañana, en uno de los bancos en el extremo del barrio, tres hombres armados entraron a asaltarlo y llevarse el dinero. Para que los clientes del banco no molestaran mientras robaban, decidieron amarrarlos y encerrarlos. Entre ellos estaba el señor Houdini. Pero apenas los ladrones cerraron la puerta del banco y huyeron, Houdini, en dos rápidos movimientos, logró desamarrarse y ayudar a los demás. Llamaron a la policía y atraparon a los ladrones. La historia recorrió el barrio y muchos incrédulos que no sabían que el gran Harry Houdini estaba entre nosotros comenzaron a creer y a contar sobre sus hazañas del pasado en teatros de todo el mundo. Algunos, cuando se lo volvieron a encontrar en la calle, comenzaron a hacerle pequeñas reverencias o saludos, que el señor Houdini contestaba llevándose los dedos al sombrero.

Llegaron las vacaciones y como siempre los primos de la capital, y con ello las novedades. Los primos siempre parecían más informados que nosotros. Entre ellos, Dante era quien más leía. Cuando le contamos de Harry Houdini en el barrio, él meditó, se llevó las manos al mentón y nos contó algunas de las hazañas del escapista. En su mejor época Houdini tenía distintas pruebas. Se hacía colgar de cabeza a una altura de treinta metros desde una grúa, amarrado con cadenas y candados. Pero en menos de cinco minutos, todavía colgando de la grúa, lograba sacudirse y quitarse las amarras. Su principal número, uno que repitió cientos de veces en los teatros más

importantes del mundo, consistía también en amarrarlo con cadenas, candados y sogas. Dos asistentes los introducía adentro de un baúl, luego cerraban el baúl con un grueso candado. Su principal asistente, de nombre Bessie, que años después se transformó en su mujer, cerraba unas cortinas por delante, pero solo por algunos minutos o segundos. Volvían a abrir la cortina, pero la asistente no estaba, en su lugar aparecía saludando el mismo Houdini, como si nada, sin cadenas, sin amarres, sin sogas. Para comprobar que no existía un doble de Houdini –asunto que siempre se sospechó-, abrían entonces con una llave el candado del baúl, pero en su interior encontraban, amarrada con sogas y cadenas, a Bessie, su asistente.

Esos trucos de escapismo hicieron famoso a Harry Houdini.

Después de escuchar lo que Dante, nuestro primo, nos contó, nos quedamos impresionados, francamente impresionados por aquel viejito delgado que veíamos caminar por la cuadra.

Quisimos averiguar algo más y nos presentamos en su casa. Nos recibió la señora Nena, quien le cocinaba y le barría la casa. Nos dijo, sin muy buena cara, que estaba ocupado. Le insistimos que nos contara algo del Gran Houdini. Ella dijo que no sabía nada del gran Houdini sino de don Harry, el que le parecía un hombre extremadamente común, que hablaba poco, más bien casi nada, y que usaba calcetines negros y camisas blancas todo el tiempo. Solo al final, desde la puerta de la casa en la mitad de la cuadra, nos contó algo curioso. Un día, cuando ambos llegaron de hacer compras, descubrieron que la llave de la casa se les había quedado adentro. La señora Nena se lamentó y pidió disculpa. Míster Houdini le dijo que no se preocupara, y con dos movimientos abrió la puerta sin la llave.

Cada vez que aparecía por la vereda Houdini, los niños nos echábamos hacia atrás, era respeto mezclado con temor. No faltó entonces quien dijo que tenía un pacto secreto con el diablo, que si nos miraba fijamente a los ojos podía hechizarnos o algo así, por lo tanto nadie lo miraba. El único que se encargaba de él era Pausa, le ladraba y lo seguía toda la cuadra, hasta que se aburría, volvía contento y cansado, moviendo la cola para que aprobáramos su esfuerzo. Por supuesto, Pausa era incapaz de morder a mister Houdini o a cualquiera porque era un perro tranquilo, por eso le llamaban Pausa.

Como suele suceder los rumores del señor Houdini se hicieron algo fantasiosos. No me consta, esto me lo contó Guille, el de los diarios, a él se lo contó la señora Aurora Palacio que es la que vende joyas y hace almuerzos.

GUAU GUAU GUAU!

GUAA

GUA

Pero quien realmente participó fue Pitica, la secretaria del contador, el señor Arena. Pitica contó que, como todos los días a la hora del almuerzo, bajó del edificio consistorial donde trabajaba el contador Arena, pensaba comer algo rápido porque tenía trabajo atrasado. El ascensor que bajaba del séptimo piso venía repleto de gente, entre ellos el señor Houdini, que, justamente, acababa de reunirse con el contador Arena para que le ayudara en un trámite con sus ahorros. Pitica también era del barrio, muy amiga de la señora Aurora, que luego le contó esto a Guille y de ahí lo supo todo el barrio. Mientras descendían, entre el piso cuarto y el quinto, el ascensor se detuvo y quedó completamente a oscura. La gente que iba adentro comenzó a gritar de pánico. Algunos rezaban y pedían perdón por sus faltas y juraban que nunca más lo harían. Otros gritaban "mamá", aunque tuvieran más de cincuenta años de edad. Otros gritaban groserías en contra de los administradores del edificio por el ascensor en malas condiciones. Quince minutos después la situación estaba un poco más calmada, y solo lloraba una señora gorda que prometió que no volvería a comer en exceso si se salvaba. Finalmente los bajaron. Cuando llegaron al primer piso y abrieron la puerta, además de ver luz, Pitica vio afuera del ascensor, un poco más allá, a mister Houdini, paseándose por la galería como si nada. Se acercó y le preguntó como lo había hecho si ella lo había visto adentro del ascensor, él sonrió, se llevó un dedo a su sobrero y con ese saludo se despidió.

Entonces ocurrió un hecho increíble, nada tuvo que ver con magia, escapes, o ilusionismos. Lo presenciamos todos y quedamos atónitos. Y otra vez participó el señor Houdini. Una mañana lo vimos salir de la casa con su sombrero, su ropa antigua y su bastón. Pausa se sintió obligado a ladrarle a cierta distancia, tal vez solo para no perder la costumbre y porque todos los niños estábamos mirando. En ese momento, desde una camioneta municipal bajaron tres hombres con un largo listón que en el extremo llevaba un alambre con el que atraparon por el cuello a Pausa. Le amarraron las patas con dos sogas de plástico. Y así quedó, hecho un ovillo, con cara de sorpresa y miedo por lo que vendría a continuación. Los municipales se reían, le decían que se lo llevarían a la perrera y con seguridad en una semana más le enterrarían una inyección para mandarlo al otro lado. Con "el otro lado" se referían a que hasta ahí no más llegaba Pausa. O para decirlo apoyándonos en su nombre: la pausa de Pausa sería para siempre.

Por supuesto, los niños del barrio corrimos a ayudar a nuestro perro, el que no tenía dueño, pero que en realidad no necesitaba tener ninguno. Pero se sabe que los niños nunca han ganado una discusión con municipales, así que no hubo modo de convencerlos de que lo liberaran. En ese momento vimos un bastón que detenía la mano del empleado municipal que recogía a Pausa. El bastón de Harry Houdini. El municipal se echó para atrás con miedo y explicó, casi temblando, que por decreto municipal todos los perros vagos debían llegar a la perrera por órdenes del alcalde. El señor Houdini entonces dijo –y fue la primera vez que lo escuchamos hablar- que eso no era necesario, que por ahora Pausa no iría a ningún lado sino a su casa, que en realidad era el barrio entero, y que él se sentiría muy mal si al día siguiente, cuando procediera a dar su paseo o a dirigirse a hacer trámites, no le ladrara el perro. Tampoco los municipales alcanzaron a replicar. El señor Houdini, como en sus mejores tiempos de artista del escapismo, movió los amarres que aprisionaban a Pausa y lo liberó con una rapidez asombrosa. Nuestro perro, con la cola entre las patas, se retiró sin dar las gracias, llorando

como lo hacen los perros. Solo Guille, el de los diarios, más tarde consiguió calmarlo un poco regalándole parte del sancochado que preparaba para almorzar en su quiosco.

Los municipales se fueron furiosos diciendo que volverían. Desde ese día redoblamos el cuidado de Pausa. Por supuesto, en los días siguientes, cuando el perro veía salir de su casa a mister Houdini, volvía a ladrarle, pero ahora esos ladridos los interpretábamos no como de amenaza sino de agradecimiento. El señor Houdini, como si no se diera por enterado, seguía su camino moviendo su bastón y llevando dos dedos al ala de su sombrero como saludo.

Cuando acabó el verano los primos volvieron a la capital, contentos de las vacaciones, de las caminatas al cerro, de bañarnos en el río, de jugar fútbol en las cancha del Bajo, y, de lo que fue nuestra principal ocupación esa temporada: tratar de hacer los trucos que nos contaron del señor Houdini. Por supuesto, casi ninguno nos dio resultado. Incluso en una ocasión tuvimos que ir de emergencia a buscar al señor Estuardo, que era cerrajero y gasfíter, para que sacara de un baúl a Luisito, uno de nosotros, que llevaba dos horas sin poder salir probando un truco de escapismo nunca antes visto. Cuando por fin salió estaba empapado de traspiración. Si no es por un pequeño orificio en la parte superior del baúl se nos hubiera ahogado. El señor Estuardo y Guille, el del diario, nos advirtieron que si seguíamos tratando de imitar al señor Houdini podría ocurrirnos un accidente.

En otoño decidimos que no podíamos esperar más, debíamos hablar con Harry Houdini en su casita de madera en mitad de la cuadra. La señora Nena nos dijo que era difícil, remoto, casi imposible que él nos recibiera. Al parecer no quería hablar, no quería recordar sus viejos tiempos cuando era un famoso ilusionista. Cuando le preguntamos una razón, la señora Nena nos dio una respuesta misteriosa:

–Don Houdini no quiere saber nada de ilusiones.

La oportunidad de hablar con Houdini en el barrio llegó finalmente en el invierno de ese año, hace mucho tiempo ahora que lo pienso, casi como un sueño, bueno, como son todos los recuerdos, distantes, perdidos, lejanos.

Guille nos avisó. La verdad fue que Santis, el de la carnicería, le dijo a Yolanda García de la sastrería, quien le contó a don Ismael, el bombero, éste corrió dos cuadras y casi sufre un ataque cardíaco antes de contarle a Guille, el del diario, quien nos contó a nosotros. Había llovido intensamente durante la noche, el río se desbordó y parte del barrio amaneció inundado. Los de la municipalidad aprovecharon la confusión, recorrieron calle a calle recogiendo a los perros vagos. Al final de la recogida la camioneta no logró salir del barrio porque el río cortó el paso por el único puente que unía al resto de la ciudad. Y allí estaba, lo comprobamos cuando vimos la camioneta detenida con su carrocería llena de perros vagos, incluido el Pausa. Teníamos que actuar con rapidez. Alguien sugirió asaltar la camioneta, pero los dos empleados en la cabina no parecían dispuestos a entregarnos a nuestro perro y al resto de los prófugos. Mientras tanto, llovía de una forma bestial. El río seguía poderoso y rugiente. Cuantas veces lo habíamos visto igual en invierno, violento y peligroso, tan distinto a cuando nos bañábamos en él durante el verano.

No sé si a mí se me ocurrió, de todas maneras la mayoría estuvo de acuerdo: el único que nos podría ayudar para salvar a Pausa era mister Houdini, el mago, ilusionista, escapista, amigo lejano de Pausa. Si una vez se enfrentó a los municipales podría hacerlo de nuevo, pensamos. Yo fui el encargado de

correr a la casa de la mitad de la cuadra para avisarle lo que ocurría. Esta vez no me recibió la señora Nena, tal vez porque ese día no le correspondía limpieza, sino el mismo Houdini, vestido de camisa y pantalones. Nunca antes lo habíamos visto así, sin su sombrero ni su bastón de punta extraña. Entonces, en medio de la lluvia, mojado, casi llorando, le conté lo que sucedía. Él pareció no entender y pensamos que nos cerraría la puerta. Movió la cabeza, suspiró y siguió moviendo la cabeza y suspirando. Sin su traje, sin su sombrero, se notaba delgado y viejo. Entonces preguntó:

–¿Pero por qué vienes adonde mí?

En ese momento no pensé en la respuesta, le dije lo primero que se me ocurrió. Objetivamente fue una pésima respuesta pero así me salió:

–Porque usted es mago, don Houdini, eso le dije.

Ni siquiera tomó su sombrero, tampoco su vestón viejo, y menos el bastón o las llaves de su casa, aunque esto último poco importaba si podía abrir lo que quisiera. Caminamos los cinco niños, mister Houdini, Guille el de los diarios, la señora Aurora, el señor Santis, el bombero Ismael, es decir, una buena cantidad de vecinos. Nos dirigimos al puente, donde los municipales esperaban que se abriera el paso.

En ese momento el río creció de pronto, arrastrando barro y piedras, y como si diera un mordisco a una torta de cumpleaños, derribó la defensa de tierra del camino que llegaba al puente. Entonces las dos ruedas traseras de la camioneta comenzaron a deslizarse hacia el río, muy lentamente. Los empleados en la cabina tuvieron tiempo para bajar. La camioneta se inclinó y comenzó a caer en cámara lenta. Al principio flotó como si fuera un barco. Giró y se movió hacia el centro del cauce. Entonces comenzó a hundirse.

Los que veíamos esa escena no lo podíamos creer. Escuchamos los ladridos desesperados de los perros en el interior de la camioneta. Eran ladridos de miedo por lo que ocurría. Algunos de los niños se cubrieron la cara, otros lloraban.

Entonces vimos al viejo Houdini correr por la orilla del río. Se quitó los zapatos. Estiró las manos al cielo como si fuera uno de sus actos de escapismo visto por miles de persona. Se echó aire a los pulmones. Realizó dos flexiones de rodillas. Y se arrojó al río. Un momento después lo vimos aparecer adelante de la camioneta, justo cuando se hundía completamente echando humo. Los ladridos de los perros desaparecieron de pronto. También Houdini se sumergió. No quedó nada sobre la superficie del río. Pero solo fue un minuto o tal vez menos. Enseguida comenzamos a ver aparecer las cabezas de los perros, uno tras otro hasta que apareció Pausa. Al final, cuando los vecinos comenzaron a lamentarse de que el mister se había ahogado, también apareció la cabeza de Houdini echando un chorro de agua.

Fue su último acto de escapismo, uno que nos impresionó y que nunca olvidamos en el barrio. Los municipales se paseaban sorprendidos diciendo que era imposible que abriera la carrocería de la camioneta porque solo ellos tenían la llave. Por supuesto, sabían muy poco de quien era Harry Houdini.

Una semana después mi mamá me entregó un frasco de mermelada que ella preparaba. Llegué a tocar la puerta en mitad de la cuadra. Me recibió la señora Nena, que me miró levantando las cejas. Le expliqué que venía a agradecerle en nombre de los demás, especialmente en nombre de Pausa quien no podía hablar, por eso le traía un frasco de mermelada casera. La señora Nena no me dejó decir nada más. Entró en silenció con el frasco en las manos mientras yo me

quedé afuera. Un rato después regreso con el siguiente recado:

–Don Houdini dice que gracias, y que le encanta la mermelada de albaricoques.

En ese momento no supe que más decirle a la señora Nena, hasta que ella me preguntó:

–¿Algo más?

Moví la cabeza y me di vuelta, entonces se me ocurrió lo que consideré una idea genial. Le dije a la señora Nena que en realidad lo único que deseaba era conocer algunos de los trucos o secretos del señor Houdini, que nada le costaba contármelos sobre todo ahora que él no los utilizaba. La señora Nena otra vez movió la cabeza y dijo:

–Espera.

Se demoró un poco más tiempo, pero regresó con la respuesta.

Entonces, a través de la señora Nena, conocí algunos de los trucos de Houdini, al menos dos o tres, los que ahora no le servían de nada porque estaba retirado de la profesión de mago, escapista, e ilusionista. Después de contármelo agregó algo más la señora Nena, más bien era un consejo que me enviaba el mister si es que yo pretendía convertirme en un mago, ilusionista o escapista, y éste era que no podía revelar a nadie esos trucos, eso era una ley entre magos. Y es por eso, aunque no me faltan las ganas de hacerlo, que no puedo ahora decir nada al respecto.

Pocos años después de aquel invierno abandoné el barrio, y abandoné la ciudad de provincia donde nací. A mi papá lo trasladaron al norte a trabajar. En esa nueva ciudad rápidamente hice amigos, algunos incluso se transformaron en esos amigos de toda la vida. Crecí y me convertí en adulto. Nunca abandoné la magia y el ilusionismo, lo practicaba en mis tiempos libres, cuando no estaba estudiando la profesión que finalmente elegí para ganarme la vida. Era, por así decirlo, y lo soy hasta hoy, un mago aficionado. A veces realizaba trucos a mis hijos y a sus amigos, también algunos de escapismo, pero no demasiado de estos últimos porque en esa área nunca fui muy bueno.

Y un día regresé a mi antigua ciudad, después de muchos años de ingratitud. El río seguía desbordándose en invierno en el barrio, y en verano, en cambio, era sosegado y amistoso.

El barrio cambió completamente. No encontré a ninguno de mis antiguos amigos porque, como yo, también salieron de allí. Me enteré de algunos vecinos fallecidos. También Harry Houdini llevaba varios años muerto. Entonces se me ocurrió, antes de regresar a donde vivía, ir a visitar su tumba.

Me tomó un día averiguar en la administración del cementerio donde estaba enterrado. Finalmente me llamaron por teléfono para confirmarlo.

En la entrada del cementerio me esperaba un viejo sepulturero, que me guió sin decir una palabra. Cuando llegamos al lugar solo encontramos un gran hoyo abierto y nada adentro. Traté de hablar pero no me salió la voz. El sepulturero entonces dijo:

– Lo ves, ya se escapó otra vez don Houdini.

Después de un rato que no paraba de reír, el sepulturero me dijo que solo bromeaba, estaban cambiando de lugar esa tumba y otras del sector. Al parecer el río socaba en esa parte del cementerio y tenían miedo de que las tumbas se las llevaran las aguas. No era la primera vez, cada vez que lo hacían coincidían con que alguien preguntaba por Houdini, entonces el sepulturero disfrutaba con la misma broma.

Cuando estuve frente a la nueva tumba del señor Houdini, me pasé un buen rato sin decir nada, pensando en otras cosas, problemas y desafíos futuros. Finalmente me levanté y le dejé unas flores. Antes de irme me acerqué a la lápida, entonces le susurré bajito que había cumplido mi promesa, que nunca revelé sus secretos, y que tampoco pensaba hacerlo ahora que escribía sobre él, el Gran Houdini.

SERGIO GÓMEZ

Nací en la ciudad de Temuco, en el sur de Chile. Luego estudié en la Universidad de Concepción. Fui profesor durante un año entero allí. Después me invitaron a trabajar en un diario en Santiago. Cuando llegué a Santiago la ciudad no me gustó mucho, pero me he quedado más de 20 años aquí.
He escrito varios libros, entre ellos la saga del detective adolescente Quique Hache. También he escrito para adultos. Y otros infantiles como El canario Polaco, Yo simio y Los increíbles poderes del señor Tanaka. Me gusta más leer que escribir.

+4 AÑOS

UNA VERDADERA MARAVILLA

Por **Cecilia Beuchat.**
Ilustración, **Maya Hanisch**

Ese año la primavera había llegado más hermosa que nunca, y los árboles, los prados y los jardines se cubrieron rápidamente de flores.

Eso les gustó mucho a los geniecillos que ya estaban un tanto aburridos de la lluvia y del frío. Atrás quedaron los días oscuros del invierno, y se dispusieron a realizar sus tareas de todos los años: avisar a las abejas y a los pájaros que ya era primavera, invitar a los abejorros, enviar mensajes por el aire a los colibríes, en fin, a todos aquellos que ayudarían a que las flores no se extinguieran.

En una planta de maravilla que crecía junto a un hermoso huerto, vivía la familia de genios Flor de Maravilla. Grande, inmenso, brillaba el disco floral, rodeado por una corona de amarillos pétalos.

La familia de Flor de Maravilla estaba orgullosa de vivir allí, y no era para menos. La casa donde habitaban, es decir, la flor de la maravilla, tenía toda una trayectoria: artistas famosos la habían pintado en sus cuadros. También el sol, viejo amigo de la familia, contaba que la maravilla era un símbolo importante entre los indios aztecas.

A los geniecillos les entretenía escuchar todo esto. Estaban orgullosos, porque las semillas que ellos ayudaban a formar cada año, servían para alimentar a las aves, y para que las vacas dieran más leche que nunca. Últimamente habían oído decir que los seres humanos las ocupaban para hacer unos aceites muy especiales.

Todos estaban contentos, menos Mara Villa, la geniecillo menor, que encontraba espantoso vivir en una flor como esa. Temía decir 'común', por miedo a que el papá geniecillo se enojara demasiado.

Cuando asistía a la escuela de las flores que una familia de chinitas había instalado cerca de allí, trataba de que no se enteraran de dónde vivía, y jamás invitaba a nadie, ni tampoco aceptaba la invitación que le hacían las otras genios.

Un día, el papá Genio Maravilloso terminó por perder la paciencia, al escuchar siempre las mismas quejas de su pequeña hija; que ojalá se fueran a vivir a otra flor, que había demasiado pétalo, y que la superficie un tanto áspera que formaban los estambres le rozaba sus delicadas alas. Ni qué decir del tallo largo y espinoso por el que tenía que bajar cada mañana para ir a la escuela.

–Está bien –dijo papá Maravilla–. Buscaremos otra flor. Quizás tengas razón. Tú misma me dirás cuál es la flor en la que quieres vivir.

La mamá Maravilla agregó:

–Quizás sea bueno. Nuestros antepasados siempre vivieron en maravillas. A lo mejor es hora de cambiar.

Así fue como la geniecillo, muy contenta, decidió aceptar las invitaciones que tantas veces había recibido.

Primero visitó a la geniecillo Botón de Rosa, que era tan simpática, y que por

¡CUIDADO!

supuesto, vivía en un hermoso botón de rosa, todo pintado de rojo, tapizado con terciopelo floral muy fino. Mara Villa se quedó con la boca abierta, porque en verdad, el lugar era muy bello. Pero cuando quiso tocar el terciopelo de los pétalos, la mamá Botón de Rosa le advirtió:

–¡Cuidado! No lo vayas a estropear.

Pronto descubrió Mara Villa que no tenía mucha gracia vivir ahí; uno no se podía deslizar por los tallos, porque corría peligro de quedarse enganchada en las espinas, y papá Botón de Rosa ponía el grito en el cielo cuando las geniecillos querían jugar al pillarse y entreabrían los pétalos rojos.

–¡Cuidado! –gritaba, impaciente–. Se va a escapar el aroma.

La pequeña Botón de Rosa era feliz allí, pero Mara Villa decidió irse donde otra de sus amigas.

La elegida fue la genio Hortensia Azul, quien de inmediato la invitó por todo el fin de semana. Mara Villa quedó fascinada con las pequeñas flores que conformaban la residencia de su amiga. Sin embargo, hubo un problema. Cuando llegó la noche, y los Hortensia Azul se fueron a dormir, cada uno en una flor distinta, Mara Villa se sintió un poco sola.

Algunos días después, Mara Villa aceptó la invitación a tomar néctar, que le hiciera Diente de León, una de las más inquietas de la escuela. Al llegar, creyó, por fin, haber encontrado la casa soñada, pero cambió de opinión, cuando una ráfaga de viento arremetió contra la flor, y todos tuvieron que abrir sus paracaídas para volar en búsqueda de otra flor.

–Siempre lo mismo –dijo la mamá Diente de León–. Menos mal que es solo en algunas épocas del año.

A la semana siguiente, Mara decidió ir donde su amiga Nomeolvides, que era muy calladita, y algo tímida. La casa resultó ser muy hermosa, pero un tanto pequeña. Los genios Nomeolvides vivían bastante apretados, y una familia numerosa como la que tenía ella, no

iba a caber en una flor como esa.

¡Qué difícil era encontrar algo adecuado! Todas las casas eran bellas, sus habitantes se veían contentos, sin embargo, la pequeña Mara Villa siempre les encontraba un pero: las petunias eran muy pegajosas; los lirios se marchitaban pronto; en las azucenas, se resbalaba; las violetas eran muy oscuras, en fin, siempre había algún problema.

Su papá, algo preocupado por esta hija que salía todos los días, le preguntó qué había decidido. Mara Villa le contestó resignada:

–Creo que no hay más que hacer. Tendré que vivir aquí para siempre.

La mamá intervino, y dijo:

–Está bien, pero creo que es hora de que ahora tú invites a todas tus amigas. Han sido tan cariñosas contigo.

Mara Villa arriscó la nariz. ¿Qué iban a pensar sus compañeras?

Mamá Maravilla insistió y se dedicó a preparar una rica sopa de néctar con polen. A Mara Villa no le quedó más que hacer lo que se le decía.

Las amigas aceptaron, encantadas, y esa tarde llegaron las geniecillos de visita.

Mara Villa casi se desmaya al ver a su papá dándoles la bienvenida y ayudándolas, en forma muy cortés, para que aterrizaran en la superficie floral.

–Es un tanto áspera –les advirtió la pequeña, con las mejillas intensamente amarillas, pero a ninguna de sus amigas le importó realmente.

Mamá sirvió la rica sopa y todas se la devoraron en un suspiro. Luego jugaron al pillarse y a la escondida.

–Esta casa es buena para jugar al escondite –exclamó Botón de Rosa, entusiasmada.

–Me encanta saltar de pétalo en pétalo –señaló Diente de León.

Y cuando ya creían que iba a oscurecer, sucedió lo que pasa todos los días: el papá Genio Maravilloso miró hacia arriba y lentamente la flor se dio vuelta hacia el sol.

–Podemos seguir jugando –exclamaron todas felices–. En verdad tu flor es una maravilla.

Las geniecillos se despidieron bastante tarde, y antes de irse a casa, le dieron las gracias a los Maravilla por un día tan entretenido.

–Invítanos más a menudo –le rogaron a Mara–. Aquí en tu casa se puede jugar hasta tarde y no hay el problema de que algo se dañe. Mara Villa estaba muy contenta, y, por fin, reconoció que vivir en una maravilla es en verdad, ¡una maravilla!

CECILIA BEUCHAT

Cuando era chica me costaba un poco leer, pero para un cumpleaños mi papá me regaló una colección inmensa de libros y me gustaron tanto, que ya no paré de leer nunca más. Escribí mi primer libro de poesía cuando tenía ocho años y durante mi adolescencia llené largos diarios de vida. Mi vida como escritora de libros para niños se inició por casualidad. Un día fui con mis dos hijos al supermercado y ellos querían comprarlo todo. Entonces yo les dije: "Ustedes deberían quedarse encerrados en este supermercado, así lo tendrían todo". Esa noche escribí mi primer cuento: "Autopistas, castillos y mermelada".

Este cuento es parte de la publicación
"Cuentos con maravilla". Editorial Andrés Bello, 1993.

+6 AÑOS

EL VENDEDOR DE LLUVIAS

Por **Héctor Hidalgo.**
Ilustración, **Hernán Kirsten**

La tienda se encontraba al fondo de una calle serpenteante escondida y sin salida ubicada en la zona vieja de la ciudad. Era uno de esos lugares que sin buscarse se encuentran y cuando aparecen, así, tan inesperadamente, se adueñan de la situación como si siempre hubieran estado entre nuestras preocupaciones.

En la vitrina había una gruesa pátina de polvo color ladrillo molido que también se pegaba en los frascos que exhibían una curiosa mercancía, y para qué decir al interior de la tienda; parecía que por allí había pasado una tormenta de arena como esas fabulosas del desierto del Sahara.

Antes de entrar me volví a fijar en la frasquería de la vitrina: ¿qué podría significar esa extraña cantidad de frascos cubiertos con polvo viejo?, ¿por qué tenían esas etiquetitas escritas a mano y en su interior, brumas azules, verdes, amarillas, rojas?, ¿por qué esas brumas se desplazaban como si lo hicieran de acuerdo a la acción de minúsculos vientos invisibles? Los frascos estaban llenos y sellados, a excepción de uno que se encontraba abierto y con su tapa en el piso de la vitrina. Muy cerca del frasco vacío había un letrero donde se podía leer: “Vendo todo tipo de lluvias”.

En el interior de la tienda vi a un anciano sonriente, envuelto en un largo abrigo oscuro y con una bufanda enrollada hasta las orejas.

–¿Es verdad que vende lluvias? –dije como saludo, incrédulo. Pero también pensando en mi pueblo que sufría una sequía de meses.

–Lo estaba esperando, como ya es tarde, después de atenderlo a usted, cerraré. ¿Cuánta lluvia necesita? Dígamelo de una vez que para eso se requiere hacer un trabajo muy especial.

El cielo estaba arrebolado, con los tintes rojizos propios del atardecer y se apreciaba prácticamente despejado, como hacía tanto tiempo en todos estos lugares y también en mi pueblo. "¿Esperando"? –pensé–. "¿De dónde, si ni siquiera tenía la intención de llegar a este callejón sin salida?" Pero como creo en los momentos mágicos, en esos instantes que surgen inesperadamente y que generan territorios nuevos por explorar, le respondí como si estuviera diciendo la cosa más natural del mundo:

–Necesito suficiente lluvia como para apagar la sed de mi pueblo, de los animales, de las plantas, en fin, de la gente...

–Sí. Ya lo sé. Todos andan en lo mismo. No se imagina cuánto trabajo he tenido últimamente.

El anciano se desprendió del abrigo y de la bufanda ¡y me pareció tan delgado y con tantos años a cuestas! Enseguida se restregó los dedos e hizo un gesto como si hubiera pronunciado: "¡Manos a la obra!"

Yo abrí tamaños ojos cuando vi que tomó una gran caja y abriendo la puerta interior de la vitrina que daba a la calle, comenzó a tomar algunos de los frascos que allí se exhibían, mientras murmuraba entre dientes, como esas personas que están acostumbradas a vivir en soledad y hablan solas:

–Hum, lluvia intensa, restablecedora, recuperadora, ¡revitalizadora! Para ello tomaré este frasco que tiene una buena porción de nimbus. A propósito, ¿sabe qué significa nimbus?

–Ni idea –le dije un poco avergonzado de mi ignorancia.

–No hay problema. Nimbus en latín significa nube de precipitación.

–Se entiende, entonces, que le eche un frasco concentrado de nimbus, ¿verdad? Pero no solo eso necesita.

En la vitrina había tantos frascos recubiertos con ese polvo amarillento y también el que estaba vacío que antes me había llamado la atención. Entonces, no resistí en avisarle al anciano, con la intención de

advertirle que tal vez se le hubiera escapado alguno de sus vapores. Pero él con una sonrisa socarrona me dijo:

–Tranquilo, que allí duermo yo.

Después siguió seleccionando frascos y mientras lo hacía iba remarcando sus actos como si estuviera dictando la receta más sabrosa y exclusiva.

–También necesitará estratonimbus y aire caliente para formar cumulonimbus, con ello tendrá la tormenta más hermosa, con truenos y relámpagos por añadidura, y este frasco con mucho viento norte, este otro con algo de sur y unos cuantos más con vientos cordilleranos que saben de historias de nieves, glaciares y del juguetón granizo y, además, este otro, con un poco del cálido viento puelche que siempre avisa la llegada de la lluvia.

– ¿Y qué más?

Mi pregunta debió haberle sonado tan estúpida, pero quise asegurarme; es que estaba tan entusiasmado con todo eso de los vientos y las nubes. El anciano sonrió mientras echaba los frascos en la caja y me pasaba la boleta de pago.

–¿Qué más? –repitió mi tonta pregunta–, un paraguas, pues lo necesitará muy pronto. Ah, se me olvidaba. Destape los frascos en el cerro más alto de su pueblo y después... a esperar los resultados.

Cuando en el cielo ya aparecían las primeras estrellas, salí de la tienda cargando una enorme caja. Tenía que apresurarme para tomar el último bus que me llevaría a mi pueblo. Mientras sentía en mi pecho un arrobamiento como los que experimenté siendo niño, cuando apresuré el sueño para despertar con la Navidad a la mañana siguiente, o cuando me instalé en el tren que me llevaría por primera vez a ver el mar, o cuando llegó mi padre con una canasta repleta con frutas, y, además, todos esos otros "cuandos" que guardaba en mi alma como el mejor de los tesoros.

De pronto, no sé por qué se me ocurrió mirar hacía la tienda y juraría que un vapor azulino se metía en el frasco vacío, ese que estaba olvidado en un rincón de la vitrina, muy cerca de donde se encontraba el letrero que anunciaba la venta de lluvias...

HÉCTOR HIDALGO

Todo partió con el descubrimiento de un libro: Alicia en el país de las maravillas de Lewis Carroll, cuando era un niño nacido en San Fernando, una ciudad rodeada de campos, cerros y pájaros vagabundos. Allí nació todo. Deslumbrado por los libros soñé con ser escritor y desde entonces, jamás he abandonado a mis amigos de la fantasía y la creación.

Más tarde fui a la universidad: estudié literatura, pedagogía, bibliotecología y edición, y todo estuvo involucrado con los libros y la lectura. ¿Cómo no iba a ser escritor? Así sucedió y, además, me transformé en un escritor para los niños, para cumplir los sagrados sueños de infancia.

+4 AÑOS

EL NIÑO QUE QUERÍA VER A SU ÁNGEL

Por **Jaqueline Balcells**
Ilustración, **Bárbara Oettinger**

Todo niño tiene un ángel que se llama igual que él y que lo cuida mañana, tarde y noche. Son los ángeles de la guarda que no comen, ni duermen, ni descansan nunca. Pero ciertas noches de verano, cuando sus niños están durmiendo muy cansados y tranquilos, sus ángeles salen de puntillas de su pieza y salen a juntarse en el árbol más grande del vecindario. Y allí, reunidos a la luz de las estrellas como una bandada de pájaros nocturnos y transparentes, se cuentan unos a otros las maravillas, alegrías y desastres de sus niños. Como tienen el oído finísimo, cada ángel oye respirar a su ahijado aunque éste duerma a cuatro cuadras de distancia; y si alguna pesadilla o algún dolor lo despierta, el ángel de la guarda vuelve a su lado en un suspiro.

Los ángeles adoran al niño o niña que Dios les confió, aunque sea feo o bonito, bueno, egoísta o mentiroso. Y aunque con su mirada de ángel nunca dejan de darse cuenta de las debilidades de su ahijado, siempre encuentran algo bueno, único y precioso que sólo tiene su niño y que comentan en sus juntas nocturnas sobre los árboles.

Así, una noche estrellada, uno de los treinta y tres ángeles de la guarda posado en la copa del árbol más alto del barrio, contó la historia del niño que quería ver a su ángel.

–Simón, mi ahijado –comenzó diciendo el ángel- es un niño que no se parece a ningún otro niño. Cuando su mamá le enseñó por primera vez esa oración que nuestros ahijados nos rezan en la noche y que empieza "Angel de mi guarda, dulce compañía..." mi Simón la abrumó a preguntas:

–¿Dónde está mi ángel, mamá? ¿Por qué no lo veo? ¿Tiene alas como los pájaros o manos como nosotros? Y cuando yo corro, ¿vuela para seguirme? ¿Y cuándo duermo, se pone a dormir también o sólo me cuida?

–Sé que todos los niños hacen ese tipo de preguntas –siguió el ángel de Simón–, y sé que los padres contestan con respuestas vagas que al poco tiempo se olvidan. Pero mi

ahijado no. El siguió preguntando y preguntando a tal punto, que su mamá, desesperada, acabó por prohibirle que mencionara mi nombre.

–No sé más... ¡Me vas a volver loca!

–¡Pero es que yo tengo que saber cómo es! –insistió Simón.

–Sé bueno y lo sabrás- respondió ella, para que la dejara tranquila.

–Si soy muy bueno, ¡¡¿podré verlo?!!! –gritó Simón.

Y su madre, sin pensar en las consecuencias, respondió:

–Sí, si eres muy bueno podrás verlo.

Desde ese día Simón cambió por completo. De egoísta que era, se puso generoso. Sus juguetes, que antes guardaba cuidadosamente y no se los prestaba a nadie, ahora estaban desparramados por toda la casa como si fueran de sus hermanos menores; de rabioso que era, se puso manso; en la casa no volvió a gritarle a nadie y de flojo que era se puso estudioso.

¿Pero creerán, hermanos ángeles, que yo no estaba contento con los cambios de Simón, sino que me asustaban? Porque Simón se portaba así de bien, no porque quisiera ser de verdad ser bueno, sino porque calculaba que portándose bien yo me sentiría obligado a mostrarme.

–Ángel: ¿viste cómo Juan me empujó a la salida del colegio y yo no le pegué? –me preguntaba en la noche antes de dormirse–, ¿No te parece que estoy más bueno? ¿Cuándo te voy a ver?

Luego se ponía a escudriñar todos los rincones de la pieza como si yo estuviera jugando a las escondidas. Y como no me veía, cada día se proponía ser aún más bueno y leer el libro latoso que le había recomendado la profesora y ayudar a su mamá a ordenar la casa.

Y pasó al fin lo que tenía que pasar. Sus compañeros se aburrieron de él y le dijeron que era un tonto que no sabía defenderse; los profesores dejaron de interrogarlo cansados de que siempre supiera el doble que los otros; sus hermanos perdieron interés en sus juguetes. Simón se fue poniendo triste, perdió el apetito, enflaqueció y finalmente cayó en cama, enfermo.

Entonces, hermanos ángeles –siguió contando– mi compasión por mi pobre ahijado fue tan grande que decidí hacer lo que casi nunca hacemos: subir a conversar con nuestro jefe Gabriel. Y cuando llegó la noche y Simón se quedó dormido, salí de su pieza y crucé el cielo de los cóndores, crucé el cielo de las nubes más altas, crucé el cielo de la luna y de las estrellas, crucé la costa de chispas y llegué hasta la torre de rayos que ustedes conocen. Entré, subí por la escalera de los relámpagos y llegué ante el trono de don Gabriel.

–¿A qué has venido? –me preguntó, mirándome con los soles brillantes de sus ojos–. ¿Acaso tu ahijado ha dejado de vivir en la tierra y tu guardia llegó a su fin?

–¡No, no señor! Mi ahijado vive todavía, pero está muy mal. Es por eso que he venido a pedirte permiso para aparecerme ante él...

Don Gabriel se quedó mirándome, como si no entendiera lo que había venido a pedirle, pero había entendido muy bien, porque luego de un rato, que se me hizo eterno, me dijo:

–¡No, querido ángel! ¡Nada de apariciones! Lo siento mucho. Vas a tener que descubrir algún modo completamente natural de ayudarlo, para que nadie pueda ni siquiera sospechar que lo ayudaste.

Al oír esto, mi desaliento fue tan grande que hasta mis alas se opacaron. ¿Cómo iba a ayudar a un niño enfermo de ganas de verme si no me permitían aparecer ante él?

Me quedé ahí con la cabeza agachada y en silencio ante el trono de nuestro jefe, hasta que se compadeció de mí y me dijo:

–¡Ánimo, ángel! Tu ahijado Simón es un caso raro, pero han existido algunos aún más raros en la larga historia humana. ¿Por qué no vas a consultar a los ángeles de los muertos? Más de uno debe haber pasado lo mismo que tú.

No bien lo escuché, di media vuelta y partí. Había recobrado la esperanza, la luz y la fuerza de mis alas, y seguí camino hasta el monte radiante donde van a reunirse los ángeles cuando sus ahijados mueren. Y allí, entre más chispas y centellas, me encontré con millones de hermanos que reunidos igual que nosotros treinta y tres en este árbol, conversaban sobre las penas y alegrías con los ahijados que les tocó cuidar durante su vida en la Tierra. Allí escuché a los ángeles de San Francisco y Santa Teresa aconsejando a los ángeles de Judas y de Pilatos cómo preparar su defensa ante Dios; vi también al ángel de Napoleón conversando con el ángel de doña Victorita, la dueña del kiosco de esta plaza que acaba de morir; al ángel de Beethoven con el de John Lennon y al de Picasso con el de Gabriela Mistral. Pero como a mí me faltaba la pluma de oro que llevan los ángeles de los muertos, en un momento la infinita multitud reunida allí en la punta de luz hizo silencio y se quedó mirándome amablemente. Entonces, en pocas palabras, me apresuré en exponer el drama de mi Simón y pedí la ayuda de alguno que hubiera tenido un ahijado semejante.

Los millones de ángeles se miraron; luego diez mil dieron un paso adelante; después cien avanzaron otro poco; finalmente diez quedaron frente a mí y se miraron; y el último paso hacia donde yo estaba lo dio un solo ángel. Era alto y calvo, de ojos penetrantes, una enorme barba blanca y unas alas con un toque de rojo italiano en sus plumas.

–Mi ahijado –comenzó– vivió en la tierra hace unos cinco siglos y sus ansias por verme eran muy parecidas a las del tuyo. Y creyendo equivocadamente que le bastaba con ser más bueno para poderme ver, no sólo se dejaba maltratar por sus pequeños amigos, sino que hacía sacrificios como caminar a pie pelado por un campo de ortigas hasta que se llenaba de heridas o sobre la nieve hasta que se ponía azul de frío. Y noche tras noche me preguntaba: "¿No soy bueno, acaso? ¿Cuándo te veré? ¡Quiero verte, quiero verte!" Entonces yo, desesperado igual que tú, pedí permiso a don Gabriel para mostrarme. Pero también me lo negó. Volví a la tierra, desilusionado, pero no vencido. Y pensé y pensé con verdadera furia hasta que encontré una manera. Y un día, después de un fuerte temporal, cuando mi niño estaba solo en el patio de muros de adobe de su casa, me puse a soplar la gran pared que estaba empapada por la lluvia. Donde yo soplaba, el barro de la superficie se secaba y aparecía una mancha más clara. Y soplando por aquí y por allá, fui dejando solamente algunas partes húmedas, las que vistas desde el lugar donde estaba sentado mi

ahijado formaron una silueta de un hombre con dos inmensas alas oscuras. Luego di un brinco hasta el cielo, soplé las nubes, se abrió un claro azul y los rayos del sol cayeron e iluminaron la figura del muro. Mi ahijado levantó la vista, abrió desmesuradamente los ojos y comenzó a gritar: "¡El ángel, el ángel!" Toda la familia salió al patio, alarmada por sus gritos, pero ya las manchas húmedas del muro se iban evaporando y nadie alcanzó a distinguir la figura alada. Sus padres los atribuyeron a la imaginación, los hermanos se burlaron y los primos le dijeron que era un loco. Pero ese fue su remedio, porque sin importarle lo que le decían, desde ese día se dedicó con increíble perseverancia a pintar el muro trasero del patio para rehacer el ángel que ciertamente había visto. Nunca más me interrogó ni trató de hacerme aparecer con sacrificios, pero con sus óleos y pinceles me hizo aparecer muchas veces a lo largo de su vida. ¡Fue un gran artista mi ahijado Leonardo de Vinci!

Esa fue la historia que me contó Leonardo, el ángel calvo con alas de aire italiano. Y apenas terminó su relato, una idea brilló en mi cabeza. Me despedí con tres besos que sonaron a música y partí volando monte abajo. Crucé otra vez la costa de chispas, descendí entre estrellas y atravesé las nubes hasta llegar junto al rostro flaco y pálido de mi ahijado dormido. Y por primera vez en mucho tiempo sonreí junto a él: ¡al fin tenía un remedio!

Los treinta y dos ángeles que lo escuchaban posados en el árbol ni se movían, tan atentos estaban al relato. Entonces el ángel de la guarda de Simón, igual que si fuera un mago, hizo aparecer entre sus alas un enorme cuaderno que se elevó agitando sus hojas por el aire, hasta quedar posado en la punta del árbol.

–Este cuaderno, que les mostraré, lleva un importante título –dijo entre tímido y orgulloso– y en él podrán apreciar el final de mi historia.

Los ángeles se miraron entre sí, un poco perplejos.

–Pero ¿tu niño se mejoró? –preguntó uno.

–¿Ya no te pide verte? –siguió otro.

–¿Soplaste un muro húmedo, como Leonardo?

–Les voy a contar lo que sucedió: mi niño estaba enfermo en cama, y en el lugar no había muros de barro ni lluvia, como en el caso de Leonardo. ¡No se me ocurría qué hacer! Hasta que una mañana, al ver la bandeja blanca en que la mamá de Simón traía el desayuno, se me ocurrió que la bandeja podía hacer de muro y la leche con chocolate de lluvia. Esperé que la mamá saliera de la pieza y cuando mi niño, después de haberse comido una tostada con miel se llevó el tazón a los labios para beber el primer sorbo, rocé su nariz con un aire del grosor de una pelusa. Instantáneamente, Simón estornudó y un chorro del líquido se derramó sobre la bandeja blanca. Entonces yo, más rápido que el rayo, fui soplando de aquí para allá hasta que la leche fue formando una figura con alas color chocolate. Mi ahijado miró la bandeja, abrió mucho los ojos y un poco la boca, se puso más pálido de lo que ya estaba y gritó con todas sus fuerzas: " ¡Mamáaa: mi ángel, este es mi ángel!" Pero en su excitación dobló una pierna, la bandeja se movió y el líquido corrió hasta el borde. Cuando su mamá y hermanos, asustados por los gritos, llegaron a la pieza, del ángel no quedaba más que una sombra oscura sobre el cubrecamas. Demás está decirles que sus hermanos se rieron de él y la mamá lo retó por haber derramado la leche y además gritar como un loco, asustándola. Pero cuando al día siguiente lo sorprendió dibujando en la bandeja con el dedo untado en el tazón del desayuno, en vez de retarlo fue y le compró un cuaderno y lápices. Fue así cómo mi ahijado comenzó a pintar y el ánimo volvió a su vida.

Los treinta y dos ángeles sonrieron: la historia los había llenado de alegría, aunque luego de un rato uno preguntó:

–Pero... ¿cómo puedes estar seguro de que sanó? ¿Cómo sabes que no te a volver a pedir que te aparezcas?

–Estoy seguro de que sanó: se lo pasa feliz dibujando y en las noches ya no me pregunta si es bueno, sólo le interesa saber si es buen pintor. Miren esto...

Y volvió a abrir el cuaderno de Simón. Pasó rápidamente unas hojas con borrones color chocolate y otras con unas figuras torcidas, hasta llegar a una página donde había un dibujo casi perfecto.

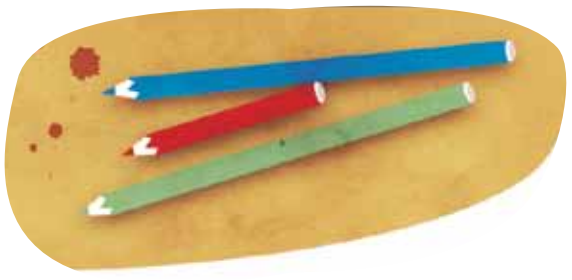
–¡Ohhhh! –exclamaron todos en un coro de voces puras–. ¡¡¡Que maravillaaa!!!

–¡Es precioso!

–De verdad, tu ahijado sanó...

–¡Sí! –dijo Víctor– enrojeciendo hasta sus alas de puro contento.

Bajo el título **"MI ANJEL DE LA HUARDA",** había dibujado, tan bien que parecía vivo, un colorido pájaro, parecido a un queltehue, con las alas desplegadas.



JACQUELINE BALCELLS

Jacqueline Balcells estudió periodismo en la Universidad Católica, pero prefirió escribir cuentos que ser periodista. Sus primeros cuentos fueron escritos para sus hijas y publicados en Francia, durante sus años de residencia en París. A su regreso a Chile siguió publicando y ahora escribe para sus nietos. En Francia recibió el premio "Bonnemine D´Or" otorgado por la editorial Bayard Presse al autor del cuento más leído por los niños durante el año, en la colección "J´Aime Lire". En Chile recibió distinciones de Honor de IBBY por sus libros "El polizón de la Santa María" y "Simón y el carro de fuego". También recibió una distinción por su cuento "El archipiélago de las Puntuadas" en la Feria del Libro de Frankfurt. Ha publicado más de cuarenta títulos, algunos de ellos en colaboración con Ana María Güiraldes y "La Biblia escrita para ti" en conjunto con Alicia Morel.

+8 AÑOS

EL DIABLO Y EL BOXEADOR

Por **Floridor Pérez**.
Ilustración, **Pati Aguilera**

Cada vez que andan mal los negocios del infierno y sus clientes disminuyen, el Diablo parte en gira de propaganda por el mundo. Disfrazado de simple mortal, recorre campos y ciudades, haciendo tentadoras ofertas de riqueza a quienes acepten venderle su alma.

Así llegó a una caleta de pescadores, donde yo solía veranear. El demonio hacía todo lo posible por ganarse el alma de un joven boxeador, que se iba convirtiendo en la atracción del lugar.

Durante el día, cada persona en la caleta cumplía sus propias tareas: los habitantes, trabajar como hormigas; los turistas, nadar como peces.

Pero al caer la tarde se terminaban las diferencias y de uno en uno, de pareja en pareja, compadres y comadres, todos se encaminaban a la escuela, donde había instalado un ring para el entrenamiento del Pulpo López.

Le llamaban así porque tiraba los puños con tal rapidez que, al término de un combate, su rival declaró: "Sentí como si me golpeara con muchos brazos".

El Pulpo era el ídolo de la comarca y el Demonio pensó que conquistarlo le abriría las puertas de toda la región. Pero ni el joven le hacía el menos caso, ni el Malo se daba por vencido.

Camuflado entre el público, el Diablo observó sus zapatillas gastadas, su pantalón anticuado, su bata desteñida.

–Puedo darte mucho dinero –le dijo al pasar –¡mucho!

–Yo necesito poco dinero y sé cómo ganarlo –respondió el joven–, que trabajaba con su padre en faenas de buceo.

Leyendo los diarios regionales, que empezaban a llamarlo "la nueva esperanza del box chileno", Satanás pensó vencer su resistencia despertando su ambición.

Como si fuera uno de esos fanáticos que subían al ring a pedirle un autógrafo, le acercó una libreta en la que había escrito:

–¡Puedo hacerte campeón!

Por toda respuesta, el joven simuló lanzarle un recto al mentón y el público aplaudió la broma. Eso le dio la endemoniada idea de atacar directamente al amor propio del Pulpo.

–¡Atencióóóón! –anunció al público– ¡Atencióóóón!

–Su campeóóón... dará hoy día una exhibicióóóón... Peleará un solo round* coooon... ¡este humilde servidor...!

(Puso una mano en su pecho y se dobló en una aparatosa reverencia. Algunos rieron, otros aplaudieron).

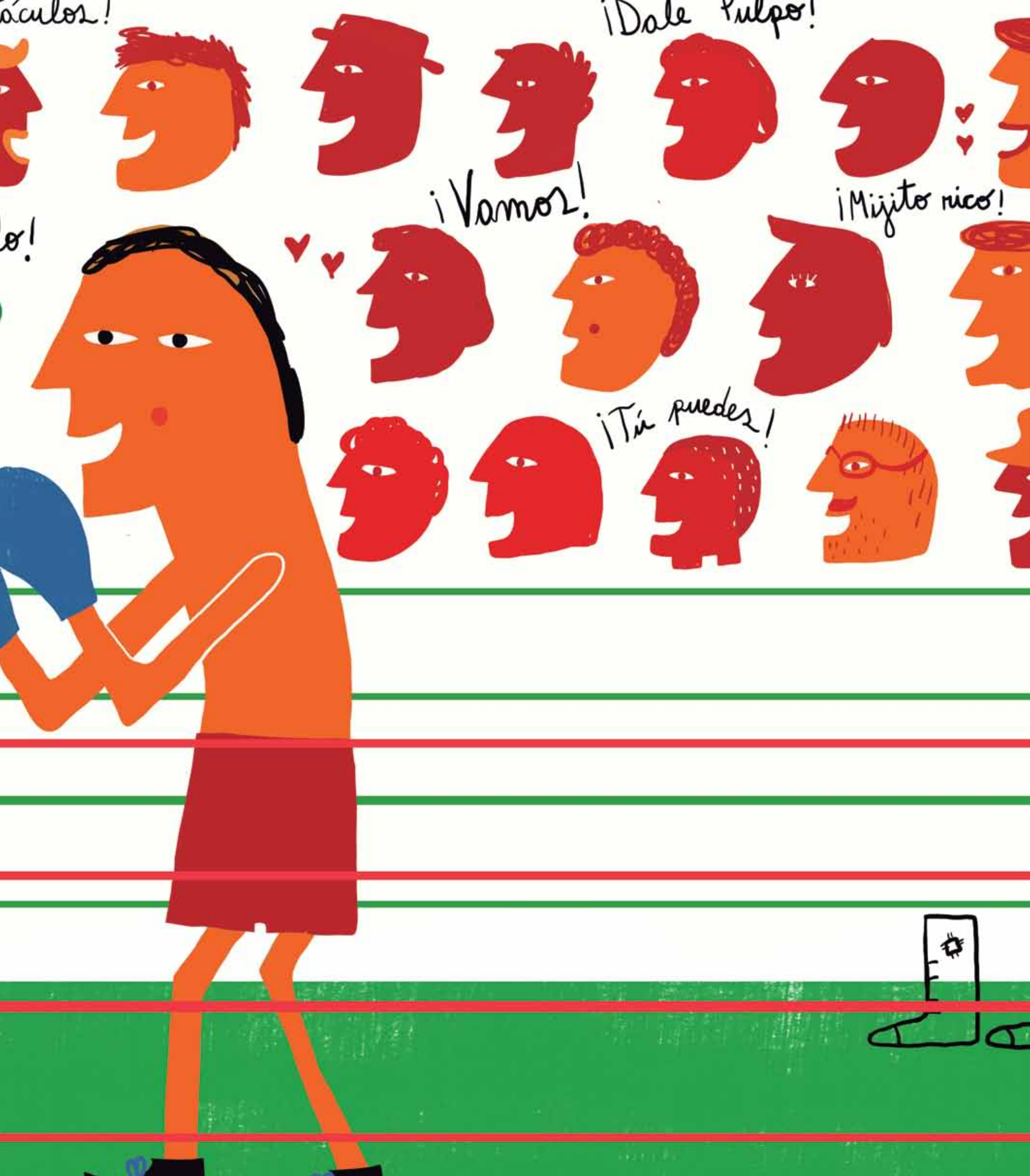
–Si me gana –siguió diciendo– yo donaré veinte millones de pesos para su preparación. (Ya nadie rió. Todos aplaudieron).

–Y si pierdes –dijo en voz baja al joven– te daré mucho más, mucho más. ¡Pero yo ganaré tu alma!

Ya antes habían llegado a la caleta varios empresarios a tentar al Pulpo López, pero

Tato
El Rey de la Caleta

¡Pulpo te amo!
¡Dale con tus tent
¡Bravo!
¡Noqué
¡pégale!


¡Dale pulpo!
¡Vamos!
¡Mijito rico!
¡Tú puedes!

al público le pareció que ésta era la mejor oferta y la recibió con entusiasmo. El joven se sentía comprometido con la esperanza de su gente y no pudo rechazarla.

–Una sola cosa pido –dijo el desconocido al párroco, al profesor y al sargento, que serían los jurados del combate.

–Lo escuchamos –dijo el sargento.

–Nos cambiaremos el calzado: él peleará con mis zapatos de paseo y yo con sus zapatos de trabajo.

El joven se apresuró a darle la mano en señal de acuerdo y, en secreto, envió a su hermano menor de ida y vuelta a casa.

El Diablo fue el primero en subir al ring, llevando en la mano sus zapatos, que pensaba cambiar ventajosamente por los del joven.

Tras él, subió el Pulpo, que tomó el calzado del desafiante y dejó en su lugar unos rarísimos zapatos de plomo, que Satanás no había visto en su vida.

–Son los zapatos de trabajo de su rival –le explicó amablemente el árbitro–, enseñándole a ponérselos.

Con dificultad, el Demonio lograba dar tres pasos seguidos con ellos, mientras el Pulpo se desplazaba ágilmente, avanzando y retrocediendo, girando en torno a su rival, sin golpearlo todavía, sólo indicándole con los guantes el rostro, el estómago, las costillas a izquierda y derecha, todos los lugares donde podría golpearlo sin piedad, semi anclado como estaba al piso por el peso de esos zapatos.

No llevaba un minuto sobre el ring, cuando el Demonio, alzando los brazos, se negó a continuar el combate. Llamó al árbitro y se acercó al jurado:

–¡Estas no son las condiciones pactadas! –alegó–. Yo pedí pelear con los "zapatos de trabajo" del boxeador, que son esos botines largos y livianos con que he visto entrenar a este jovencito cada día...

–Eso es verdad –le explicó amablemente el profesor–, pero usted está peleando con mi ex alumno Tato López, el mejor buzo de la caleta: ese es su trabajo y esos son sus zapatos de buzo... Por ahora, el box es solo su afición...

–Aunque gracias a su generoso aporte –agregó ceremonioso el sargento –estoy seguro que pronto se convertirá también en su nueva profesión.

El único corresponsal de prensa que había en la caleta andaba ese día tierra adentro, visitando a un compadre, de modo que no quedó registro gráfico del más breve y famoso desafío de box que se vio en el vecindario.

Al faltar su entrevista, tampoco se supo el nombre de su curioso desafiante y los diarios regionales debieron hablar sólo de "un benefactor desconocido". En cuanto al Pulpo López, al que empezaban a llamar el buzo-boxeador, "se limitó a decir que no haría declaraciones".

Y si él no hablaba, tampoco yo iba a andar contando la última conversación con su rival, que oí por pura casualidad:

–Si usted aún no me ha reconocido, jovencito –le dijo con falsa amabilidad Satanás–, llámeme a las doce en punto de esta noche y yo vendré encantado a probarle quién soy.

–No es necesario –respondió sonriente el Pulpo López–. ¡No olvide, caballero, que en mi trabajo estoy obligado a ver debajo del agua...!

FLORIDOR PÉREZ

Cuando yo era alumno de la Escuela de Calbuco mis compañeros juraban haber visto al Caleuche; y después, ya profesor de una escuela de campo en la zona central, escuché las historias que los abuelos de mis alumnos contaban junto al fogón. Así fue como más tarde –por entonces profesor en un liceo del Norte Chico– me di a la tarea de escribirlas en libros como Mitos y Leyendas de Chile, La vuelta de Pedro Urdemales y otros que ahora mismo irán por ahí en la mochila de los niños de hoy. En estas páginas –y especialmente para ti– va esta historia de un joven trabajador de tu región que le dio su buen merecido al mismo Diablo.

* ROUND: cada uno de los períodos de tres minutos en que se divide un combate de box.

** "PATAS DE HILO": otro de los muchos sobrenombres con que el pueblo suele llamar al Diablo.

Este cuento es parte de la publicación
"El que no corre vuela y otros cuentos".
Alfaguara Infantil, 2012.

14
23
22
234

LILY, EL PEQUEÑO DUENDE DEL CALLEJÓN DE LAS HORMIGAS

+6 AÑOS

Por **Manuel Peña Muñoz**.
Ilustración, **Alejandra Acosta**

Todos los veranos, apenas descendían lentamente sobre los cerros de Valparaíso las lentas lluvias de ceniza de los incendios de eucaliptus, mi madre me llevaba en tren a pasar las vacaciones a la vieja casa de la tía Violeta, al interior de San Felipe. Allá al fondo del camino polvoriento, en medio de los cerros, mientras avanzábamos en el coche entoldado que conducía el cariñoso Pedro Maizani, se divisaba la casa de adobe, de un solo piso, con corredor, que estaba adosada a la pequeña iglesia de Lo Valdés.

Apenas descendíamos de la victoria, la tía Violeta salía a recibirnos, mientras Pedro Maizani bajaba el equipaje. Esa misma tarde, mi madre regresaba con ramos de flores a la estación en el mismo carruaje, mientras nosotros nos quedábamos conversando del campo y de los últimos bautizos, con las familias amigas. Orgullosa de llevar la casa parroquial, tía Violeta comentaba que el Padre Solórzano aparecía el día domingo a decir misa y después regresaba otra vez a San Felipe, dejándola a ella a cargo de todo.

Este año hemos tenido el doble de Primeras Comuniones que el año pasado. Han venido niños de todas las parcelas.

Al día siguiente, Pedro Maizani llegó de visita a almorzar diciendo que mi madre se había vuelto sin problemas en la Serpiente de Oro a Valparaíso.

–Rodolfo –me dijo Pedro Maizani con su voz un poco ronca–, esta tarde tengo que ir a ver un campo al Callejón de las Hormigas. ¿Quieres venir conmigo?

Miré como pidiendo permiso con la mirada a mi tía Violeta, que, a su vez, miró con aire nervioso a Pedro Maizani.

–No... Al Callejón de las Hormigas, no.

–¿Por qué no, tía Violeta? Sé montar perfectamente.

–Está bien. Pero regresen temprano. Los estaré esperando con mate con leche de cabra.

Montamos los caballos con Pedro Maizani y enfilamos por el valle del Aconcagua, dejando atrás la pequeña capilla rural y las casas dispersas en las praderas.

–Este es el Callejón de las Hormigas –dijo Pedro Maizani cuando empezamos a abrirnos paso entre las montañas sembradas de cactus y piedras filudas–. Dicen que por aquí hay aparecidos. Cuentan incluso que en las noches de luna llena, se aparece siempre una niña vestida de blanco, de ojos celestes y con cara de muñeca de porcelana. Dicen que se llama Lily.

–¿Lily? –pregunté sorprendido, mientras veía a mi alrededor cimbrearse las viejas pataguas.

–Sí. El viejo Anselmo, el de la Quebrada de las Cabras, fue el primero que la vio. Fue hace años, cuando era arriero. Cuenta que iba

bajando a caballo, cuando vio una lucecita que bailaba bajo un ciruelo. Parecía una luciérnaga, pero de luz mucho más viva. Amarró el caballo y fue a ver, escondiéndose entre los matorrales. Lo que vio, lo dejó asombrado. Era una niñita hermosa, con ropaje antiguo y bucles dorados, que bailaba en punta de pies, sin tocar el suelo, a la luz de la luna.

–¿Será cierto? –pregunté desconcertado.

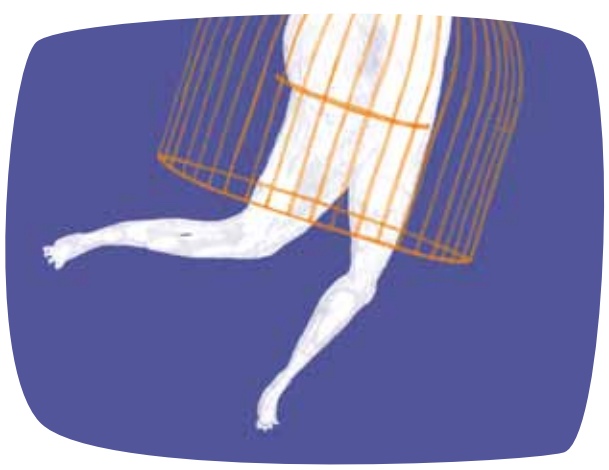
–Si quieres, pregúntale tú mismo al viejo Anselmo. Vamos precisamente hacia allá.

Con los picachos nevados de la cordillera delante de nuestra vista, llegamos a la casa solitaria en medio de los boldos.

–Hay mucho que hablar, Pedro –dijo el viejo Anselmo con su voz de hombre cansado– Tenemos que ir por los parronales.

Los dos hombres se fueron caminando por los campos sembrados, mientras yo me quedaba imaginándome que bajo esos mismos damascos imperiales, había bailado una vez el espíritu del duende Lily. ¿De dónde sería? ¿Y por qué bailaba precisamente allí, en ese estrecho Callejón de las Hormigas por donde el viento bajaba silbando?

–Don Anselmo –le dije cuando volvieron de los viñedos– Pedro Maizani me contó que usted había visto una vez al duende Lily. ¿Es cierto?



Don Anselmo me miró al fondo de los ojos, como tratando de indagar si mi naturaleza estaba preparada para conocer una delicada verdad.

–Sí...así es... y sigo viendo todavía al pequeño duende Lily. Todas las noches de luna aparece bajo los árboles con su linda sonrisa. Incluso una noche en que yo estaba enfermo y no pude salir a la higuera, Lily entró a la casa. Yo no sé cómo, puesto que la puerta estaba cerrada con tranca. Pero allí se puso a danzar delante de mí e incluso me llevó una bandeja de pasteles. Los duendes son buenos, querido Rodolfo, y sólo se aparecen a las personas que tienen el corazón puro. No lo olvides.

–Y dígame, don Anselmo... ¿Le dijo algo el duende Lily? ¿Le habló alguna vez?

–Oh, sí...Incluso me dio su nombre completo. Se llama Lily Ecija Castañeda. Era una niña que nació aquí, entre estas quebradas, en los tiempos de los indios picunches, cuando reinaba la cacica Maquehua... Claro que esta niña no era india sino hija de españoles...aunque su bisabuela era inglesa. Por eso le pusieron Lily.

–¡Rodolfo! ¡Rodolfo! ¡Tenemos que volver!

–Otro día que vuelvas, te contaré más acerca del duende de los campos de San Felipe y te mostraré su cinta roja.

–¿Su cinta roja?

–Sí, cuando Lily estima que una persona es buena, cuando ve su corazón limpio, cuando hay un vínculo de amistad hermosa, entonces saca una de sus cintas rojas, de un color muy especial, y se la deja de recuerdo.

Asombrado con la historia, monté mi caballo y emprendimos el regreso con Pedro Maizani, bajando por el desfiladero y dejado atrás el misterioso Callejón de las Hormigas.

Cuando llegamos a la casa, noté que mi tía Violeta miró a los ojos a Pedro Maizani, como aguardando una respuesta. Él, en

forma altiva y sin bajarse del caballo, le envió con aire cómplice, una hermosa sonrisa.

Aquella noche, bajo las estrellas de Lo Valdés, traté de averiguar más acerca del duende Lily, pero tía Violeta estaba mirando cómo la torre de la iglesia se recortaba contra la luna llena...

Esa noche, no pude dormir tranquilo. En sueños veía aparecer el duende Lily con su vestido blanco y sus cintas rojas bailando en punta de pies con las manos en alto, con movimientos gráciles y livianos, como si ejecutara los pasos de un invisible ballet.

De pronto, me desperté. ¿El duende Lily movía las cortinas del dormitorio? Afuera alguien se movía bajo las ramas de los manzanos. ¿Era el duende Lily? No. Era tía Violeta que caminaba entre los árboles, como si conversara con alguien.

Intranquilo, me quedé pensativo en la cama, hasta que volví a sentir los pasos de la tía Violeta otra vez en su dormitorio.

–No –me aseguró a la mañana siguiente–, seguramente lo soñaste. No me levanté en toda la noche.

Pero yo no estaba tan seguro. Me parecía que me ocultaba algo. ¿Algo vinculado con el duende Lily?

Esa mañana, por distraerme, fui a la oficina parroquial donde se guardaban en vitrinas las partidas de bautismo. Eran libros pesados, de tapas de pergamino y hojas amarillentas escritas en tinta negra. Sí. Lo recordaba perfectamente. Lily Ecija Castañeda. Allí podía encontrarse ese nombre y los otros datos de la niña duende.

Más de tres horas estuve buscando en silencio, hasta que por fin, sentí un pálpito al descubrir la fecha exacta de su bautismo: "Lily Ecija Castañeda, nacida en el Callejón de las Hormigas y bautizada en la iglesia de Lo Valdés, el 17 de mayo de 1587".

Corriendo, con el libro en las manos, fui donde tía Violeta que se encontraba en la mecedora bordando manteles para el altar.

–Sí –me dijo cariñosamente–, existe, pero no he querido darte más detalles. Me gusta tu compañía de niño observador y curioso, y temo que tu madre no te traiga más si sabe que te ando asustando con historias de duendes. Pero ya que veo ese brillo inconfundible en tu mirada, voy a contarte algo más acerca del duende Lily.

Tía Violeta miró con nostalgia al otro lado de los ventanales y prosiguió:

–Lily Ecija Castañeda nació aquí en la época de los indios picunches, cuando por estas laderas se paseaba la princesa Orolonco. Fue en esos años cuando empezaron a venir las primeras familias españolas tras la huella de los lavaderos de oro. Muchos soldados castellanos se internaron buscando las vetas, pero no eran fáciles las rutas de oro en el estero Marga Marga. La familia Ecija Castañeda decidió establecerse en el valle labrando la tierra. Francisco Ecija y Teresa Castañeda tuvieron una sola hija a la que pusieron Lily en recuerdo de una antepasada que había nacido en la isla de Wight. La infanta fue feliz en el valle jugando con las otras niñas españolas o con las pequeñas indias, imitando el sonido del viento o alzando los brazos para imitar el vuelo del águila negra que sobrevuela por los picachos más altos del Callejón de las Hormigas. Un día, decidieron regresar sin haber encontrado nunca los minerales mágicos. Pero la dulce Lily que no quería irse de aquí, siempre volvió en pensamiento a su paisaje amado, a sus cerezos silvestres y a los claros del bosque donde jugaba. Es por eso que Lily sigue aquí, porque Lily no se ha ido nunca.

Y aunque vivió el resto de su vida en España, en un pueblo de Zamora llamado Fermoselle y murió siendo una anciana muy querida, ella siguió aquí, en espíritu, con apariencia de niña. Porque Lily en realidad nunca se fue. Sigue estando con nosotros cuidando a los seres que creen en ella. Así es la naturaleza de los duendes... Por eso el viejo Anselmo se siente desamparado cuando Lily no se aparece bailando sonriente sobre la copa de los avellanos. Otras veces dicen que se aparece jugando a la ronda con otras niñas duendes que se fueron a España con sus padres, pero que no deseaban regresar porque les gustaba este paisaje. Por eso volvieron acá, aún después de la muerte, porque quisieron que el cielo fuera para ellas, volver a jugar en el Callejón de las Hormigas.

–¿Y cómo sabes estas cosas, tía Violeta?

–Bueno...no sé. Investigando como tú en archivos parroquiales.

Esa misma noche salí al bosquecillo de peumos para ver si Lily aparecía jugando con las niñas españolas o con las pequeñas indias picunches. Pero lo cierto es que no vi ni escuché nada.

–Los duendes nunca aparecen si los estamos buscando –dijo tía Violeta– aparecen o desaparecen cuando menos lo esperamos y siempre, siempre, dejan una pequeña cinta roja en señal de profundo afecto.

Días más tarde, mi madre acudió a Lo Valdés a buscarme para regresar a casa. Ahí dejaba una porción de mi infancia y un camino de tierra abierto hacia la cordillera con un relato que me hablaba al corazón.

–¡Sube, Rodolfo!

Miré por última vez y subí con mi madre al pequeño carruaje tirado por un caballo.

–Adiós, tía Violeta.

–Adiós, Rodolfo. Y prométeme. Nunca digas nada a nadie de los que has oído en el Callejón de las Hormigas.

Con mi madre nos fuimos en el automotor a Valparaíso, pero yo en vez de regresar feliz y sonriente, iba lleno de melancolía.

–¿Qué te pasa, Rodolfo? ¿No lo has pasado bien en tus vacaciones?

Cuando meses más tarde supe que tía Violeta había muerto, me llené de un profundo pesar. Pero cuando mi madre volvió otra vez de San Felipe, recordé aquellos acontecimientos de otra manera. Sí. Porque mi madre me traía un sobre que me había dejado tía Violeta. Adentro, en un papel doblado en cruz, con impecable caligrafía de secretaria parroquial de Lo Valdés, había escrito simplemente: "Para mi querido sobrino Rodolfo, por creer en el duende Lily". Y muy en el fondo, encontré doblada una cinta roja, muy antigua, de un color muy especial. De inmediato, recordé sus palabras de hada: "Desaparecen cuando menos lo esperábamos y siempre, siempre, dejan una cinta roja en señal de profundo afecto".

Guardé la cinta y el sobre en el cajón de los secretos y no le dije nada a nadie...

MANUEL PEÑA

Cuando niño viví en Valparaíso en una casa con jardín en el que crecía un gran damasco. En sus ramas construí un refugio de madera para subir a leer libros y mirar el mar. Empecé a escribir pequeños cuentos en un diario de vida. Un día decidí que quería ser escritor para contar las vidas de las personas. Con el tiempo cumplí mi sueño porque he escrito muchos libros, entre ellos "El hacedor de juguetes", "Los niños de la cruz del sur" y la novela "Mágico sur" que ganó en España el Premio Gran Angular.

ILUSTRADORES (AS)

PATI AGUILERA

Ilustradora y diseñadora, es directora de PLOP! Galería y socia de la agenda de diseño Ají Color. Ha publicado los libros Plaza de Armas, el corazón de Santiago (Letra Capital Ediciones), Romeo (Pearson) y es creadora del sitio **Cositasricasilustradas.blogspot.com**

ALEJANDRA ACOSTA

Ilustradora y diseñadora, recibió una Mención Honrosa en el Concurso de Álbum Ilustrado A la orilla del viento 2009 por el libro El niño con bigote (FCE) y ha ilustrado los libros Ecos verdes (Amanuta), Del Enebro (Jekyll&Jill Editores) y El Árbol (Pehuén), entre otros.

www.pajarocontemplativo.com

BÁRBARA OETTINGER

Ilustradora, fotógrafa y artista visual, ha desarrollado el proyecto on line tareapalacasa.tumblr.com. Actualmente prepara un libro sobre el cerro Santa Lucía para Letra Capital Ediciones.

www.barbaraoettinger.com

FRAN MENESES (FRANNERD)

Ilustradora y diseñadora, ha participado en los libros Play. 40 canciones para ver y Japi Jane, cuento para adultos, ambos de Ediciones B. Colabora con diversos medios de comunicación, es creadora del sitio www.vviendosolo.cl y publicará prontamente el libro El niño que quería ser gato (Gráfito ediciones).

www.frannerd.cl

HERNÁN KIRSTEN

Ilustrador y arquitecto, ha colaborado con revistas como Qué Pasa, el diario La Cuarta y Fundación la Fuente.

www.hernankirsten.cl

LORETO SALINAS

Ha ilustrado los libros Animales chilenos y Animales Argentinos (Pehuén), Nawel, el hijo de los animales (Planeta Sostenible), La niña sin sombra (Bags of Book) y Un niño de mil años (Zig.Zag).

www.loretosalinas.com

MAYA HANISCH

Ilustradora infantil, ha publicado los libros De Aquí y de allá (Amanuta), Cartas para enviar en volantín (Pehuén), Mi primer atlas ilustrado de Chile (Sol y Luna), entre otros proyectos.

www.mayahanisch.blogspot.com

La gestión de los ilustradores de esta publicación fue realizada por

PLOP! GALERÍA WWW.PLOPGALERIA.COM

Consejo Nacional del Libro y la Lectura

La selección de escritores para esta publicación fue realizada por el Consejo Nacional del Libro y la Lectura, órgano colegiado integrado por 10 representantes del sector: María Cecilia Saavedra Borchert (MINEDUC). Gonzalo Oyarzún Sardi (DIBAM). Jaime Espinoza Araya (Consejo de Rectores). Patricio Sanhueza Vivanco (Consejo de Rectores). Pablo Dittborn Barros (Cámara Chilena del Libro). Juan Carlos Sáez (Sociedad de Editores de Chile). César Millahueique Bastías (Sociedad de Escritores de Chile). Carmen Berenguer Núñez (Sociedad de Escritores de Chile). Cecilia Jaña Monsalve (Colegio de Bibliotecarios de Chile A.G.). Carlos Bastías Pérez (Colegio de Profesores de Chile A.G.).

*(A la sesión del 20 de marzo, cuando se realizó la elección, no asistieron Carmen Berenguer y María Cecilia Saavedra).

SANTIAGO SALVADOR ASCUI

SÚMATE A LA AVENTURA DE LEERLES

UN CUENTO CADA DÍA A LOS NIÑOS